

habiendo adquirido después por compra la Estonia del apurado rey de Dinamarca, pudo competir en el Báltico con los Estados escandinavos, que a la sazón iban rehaciéndose y robusteciéndose; pero su importancia política estribaba principalmente en ser el baluarte de Alemania contra Polonia. Al dirigir su atención preferente a este lado, donde estaban al propio tiempo sus intereses y su porvenir, dejó la política del Báltico en manos de la liga anseática, que era propiamente potencia marítima. El antagonismo que reinaba entre la Polonia y la orden teutónica valió a ésta la protección preferente y la alianza del emperador Carlos IV, que necesitaba tener a la Polonia sujeta para hacer prosperar la Bohemia y poder trabajar eficazmente en favor de su proyectada monarquía central y hereditaria. Esta situación política aumentó el antagonismo que existía entre el papado y la orden teutónica, motivado por la colisión de ésta con la Iglesia de Prusia, y más de una contienda tuvo que sostener con el pontificado por el estilo de la que había tenido con Alberto de Riga; pero en medio de todos los conflictos que le atrajo su carácter eclesiástico, sostuvo siempre con tesoro sus derechos soberanos e independencia como Estado temporal. Se negó a pagar el dinero de San Pedro y arrojó todas las penas dictadas por los papas contra ella; ni el entredicho del año 1374 produjo efecto en Prusia. De todos estos conflictos salió siempre ileso la orden conservando su independencia y su fuerza, gracias a la diplomacia hábil de sus representantes en Aviñón y Roma, que siempre supieron encontrar los caminos a propósito para conseguir su objeto, y gracias también a sus recursos pecuniarios y al acierto con que sus hombres los supieron emplear en los momentos decisivos. Buena prueba del poder y de la importancia política de la orden son las muchas embajadas que recibían los grandes maestros en su palacio regio de Marienburgo. También acudieron allí príncipes, que eran tratados con toda la magnificencia que correspondía a tales huéspedes, cuando tomaban parte en alguna de las expediciones incuas de la orden contra los lituanos paganos, conforme requería la costumbre de la época. A estas expediciones había quedado reducida en el transcurso del tiempo la misión primitiva de la orden, y en este cambio se manifestó el cáncer que lentamente iba minando la existencia de la orden, fundada para luchar contra los mahometanos y para amparar y cuidar a los peregrinos alemanes. Habiendo llegado la orden en los ciento cincuenta años que estuvo establecida en Prusia a ser señora de un vasto Estado, la cruz negra que los caballeros llevaban como distintivo en su capa no recordaba ya a sus dueños la humildad y el desinterés con que debían prestar los servicios de su instituto, sino la participación que tenían en el poder soberano de la orden. Esto último fue lo que hizo ingresar entonces en ella a los hijos de las familias nobles alemanas. Los deberes se cumplían como una mera formalidad, mientras se ampliaban cada vez más los derechos que disfrutaban la orden y sus miembros. En esta senda, tan contraria a la misión primitiva, pudo seguir la orden por algún tiempo sin mengua de su influencia y aun aumentándola con su política mundana; pero finalmente todo aquel poder tenía que derrumbarse irremisiblemente cuando no hubiera ya paganos que sacrificar en aquella parte de Europa, y cuando faltase por tanto hasta la apariencia de pretexto para justificar la existencia de la orden. Su degeneración interior era ya manifiesta en el gobierno del gran maestro Conrado de Jungingen, elegido en 1393, cuando la orden estaba en el apogeo de su poder como potencia política. En 1398 los caballeros teutónicos, como potencia marítima, se dedicaron a perseguir la piratería en el Báltico, desde la isla de

Gotland, que se habían apropiado después de haberla recibido de Alberto de Mecklenburgo, el destronado rey de Dinamarca, en garantía de un préstamo que le habían hecho. Desde esta isla dominaba la orden las partes central y septentrional del Báltico, lo cual, unido al poder terrestre, le daba la categoría de primera potencia del Norte; pero entonces empezó también a manifestarse la oposición de sus súbditos, en especial de la nobleza, que con la transformación de la orden en potencia mundanal, mercantil y política, había salido muy perjudicada. En 1397 la nobleza del país de Culm, reunida en Rheda, formó la liga llamada «de los lagartos» para defender unida sus derechos contra la tiranía de la orden; y los clamores de las ciudades, cuyo comercio se veía cada vez más perjudicado por la competencia de la orden, se hicieron también cada día más fuertes.

En esta situación resultó funesta para la orden la unión en una sola potencia y bajo un mismo soberano de la Lituania y de la Polonia, sus dos vecinos más temibles. La Polonia, potencia que se había acordado demasiado tarde de impedir, aun con las armas, el engrandecimiento del poder de la orden, no le había perdonado la anexión del ducado de Pomerelia (1); pero después de salir siempre vencedora en los campos de batalla, había tenido que aceptar la paz y los hechos consumados. La Lituania durante el siglo XIV había llegado a ser el adversario principal de la orden, ya por la ingerencia de ésta en las discordias intestinas de la familia reinante, ya por la ocupación y anexión del territorio de los samaitos, que formaba el extremo Noroeste de la Lituania y cuya posesión se había hecho cuestión vital para la orden, pues del lado de Memel penetraba como una cuña en su territorio y amenazaba la comunicación de la Prusia con la Curlandia. Los lituanos eran bárbaros, informales y astutos, y por lo mismo enemigos temibles, que odiaban con motivo sobrado a la orden teutónica porque aun en los tiempos en que no estaba con ellos en guerra abierta les trataba de la manera más indigna. Para darse la orden la apariencia de cumplir con el deber que le imponía su regla de pelear contra los infieles, organizaba lo que llamaba «expediciones lituanas», debiendo haberlas llamado «batidas de lituanos»: batidas de salvajes, pero al fin de seres humanos, que realizaba como partidas de caza y diversión aristocrática y caballeresca. En estas expediciones trataba a los infelices habitantes de Lituania como venados, convidando y admitiendo frecuentemente a esta diversión a príncipes y caballeros de Alemania, los cuales de esta manera barata, cómoda, divertida y que sobre todo no ofrecía peligro, lograban las ventajas concedidas por la Iglesia a los que tomaban parte en una cruzada. Consistían estas expediciones horribles e incuas en lo siguiente: los caballeros de la orden y sus huéspedes, montados en buenos caballos, atravesaban rápidamente la zona fronteriza desierta que separaba la antigua Prusia de la Lituania, y recorrían algunas comarcas de este país, talando, saqueando, incendiando, degollando a los hombres sorprendidos y llevándose con el botín las mujeres y los niños, y de vuelta al castillo descansaban de las fatigas de esta caza sin peligro y por lo general sin haber encontrado resistencia, celebrando en un opíparo banquete las heroicidades de la jornada realizadas por sorpresa en salvajes inermes. Estas expediciones infames e inhumanas se habían hecho uso reglamentario y eran la única manifestación por medio de la cual la orden demostraba su derecho a los privilegios y fueros eclesiásticos y políticos

(1) Llamado también y más generalmente hoy la Pequeña Pomerania (Kleinpommern). Sus límites forman los ríos Vístula, Netze y Persante y por el Norte el Báltico. (N. del T.)

que disfrutaba y que de otro modo no habrían tenido razón de ser, como tampoco la existencia misma de la orden. Pero la superchería se hizo a su vez imposible desde el momento en que los lituanos se convirtieron al cristianismo, aunque por lo pronto solo exteriormente, como sucedió cuando su príncipe Yagelon se hizo bautizar para poder casarse con la heredera de Polonia. Este suceso quitó a la orden teutónica el único pretexto de existencia, porque todo el pueblo lituano siguió el ejemplo de su príncipe, y todavía fue más funesta para ella la unión de los dos pueblos vecinos, sus enemigos mortales como su príncipe Yagelon. Desde el instante en que Yagelon ocupó el trono de Polonia con el nombre de Uladislao IV, empezó para la orden la lucha por su existencia; desde entonces estalló irremisiblemente de nuevo el conflicto con motivo de la anexión del país samaito y de la Neumark, que aseguraba a la orden la comunicación con Alemania por el lado de Driesen, conflicto que había evitado con su política pacífica el gran maestro Conrado de Jungingen. Por otra parte, desde la conversión de los lituanos y su unión con el pueblo polaco bajo el cetro de Yagelon, el dominio de la orden era también más molesto que nunca para sus propios súbditos.

Mientras todo esto sucedía en el Norte; mientras se formaban nuevos territorios alemanes constituidos monárquicamente, libres del cáncer de los señoríos dependientes directamente del imperio y exentos del peligro de su consiguiente desmembración en átomos; mientras la liga anseática y la orden teutónica atendían a la defensa de los intereses nacionales, mercantiles, marítimos y políticos del pueblo alemán; mientras se efectuaban por un lado la unión bajo un solo cetro de los tres Estados escandinavos y por otro lado la de la Lituania y la Polonia, que eran un obstáculo serio al desenvolvimiento de la Alemania septentrional, en el Mediodía y el Oeste de Alemania, donde no existía más que algún resto de la idea del imperio, se había introducido un elemento político nuevo, el de la asociación. En el reinado de Luis el Bávavo había fracasado la tentativa de unir la Alemania sobre la base de la nacionalidad para hacer frente al papado; la bula de oro de Carlos IV solo favorecía a los príncipes electores como corporación; y no era ya posible devolver al imperio su carácter antiguo de liga de señores territoriales más o menos poderosos divididos en categorías según sus cargos y dignidades. La unión antigua de los Estados tampoco era ya posible por la diversidad e incompatibilidad de intereses. A imitación de los príncipes electores se agruparon según su identidad de intereses las demás clases o estamentos en diferentes ligas, con los fines que más convenía a cada grupo, ya para la defensa de la paz o ya para la de sus fueros. Estas asociaciones estaban muy conformes con la índole del pueblo alemán, y por lo mismo habría podido suceder en circunstancias favorables que se hubiesen extendido siempre más y más hasta fundirse en una sola que abarcara a todas y de consiguiente a todo el imperio, que habría resultado así un conjunto de federaciones. No llegaron las cosas a tanto, ya por consecuencia de la incompatibilidad de los intereses o pretensiones de los diferentes grupos, ya porque estas agrupaciones o ligas no podían consolidarse en los Estados monárquicos que se habían formado en la Alemania oriental. Así es que el sistema de las federaciones solo pudo encontrar aplicación en determinadas comarcas de Alemania, a saber: en el Mediodía y Este, donde se luchó durante un siglo para restaurar el imperio sobre la base federativa.

La soberanía alcanzada por un gran número de potentados grandes y pequeños hacía imposible que el rey de Alemania, o sea el emperador, ejerciera igual soberanía sobre

todo el imperio, de suerte que la dignidad imperial y real, falta de atribuciones, quedó reducida a una ilusión. La dignidad imperial solo podía adquirir cuerpo y vida si se hubiese puesto a la cabeza del movimiento de asociación y lo hubiese extendido juntamente con la paz interior forzosa a todo el imperio. La dificultad que a esto se oponía era que las ligas o federaciones que se formaron lo hicieron con propósitos contrarios a la esencia del imperio, o sea a toda autoridad imperial, porque cabalmente querían conservar a los nobles, a los potentados eclesiásticos y a las ciudades que dependían directamente del imperio todos sus privilegios e inmunidades; no eran asociaciones nacionales, sino de grupos dentro de una clase o de individuos pertenecientes a clases diferentes. Las ciudades cuya independencia había puesto en peligro la bula de oro, porque aquel documento las dejaba a merced de los príncipes electores, formaron las primeras ligas, habiendo ya en tiempos antiguos formado asociaciones. Las ciudades de la Suabia, que por su gran número y pequeñez tuvieron que sufrir más de la codicia absorbente de los magnates en cuyos territorios se hallaban enclavadas, fueron las primeras que se asociaron para conservar y defender su independencia, y después imitaron su ejemplo las ciudades del Rin. Convenía a todas ellas sostener la corona y la existencia imperiales, siquiera como apariencia, para depender únicamente del imperio, aunque tal imperio no pasara de una ilusión. Por eso habían sostenido con verdaderos sacrificios a Luis el Bávavo y habían impedido en el año 1333 su abdicación. A excitación del mismo Luis el Bávavo, y con el objeto indicado, hicieron con el obispo de Augsburgo y con los hijos de Luis, en noviembre de 1340, una alianza defensiva, es decir de paz, en la cual entraron más adelante los condes de Wurtemberg y otros potentados. Esta alianza comprendía, pues, asociados de dos clases, ciudades y magnates. El sagaz emperador Carlos IV comprendió luego la utilidad que podría sacar de este movimiento para la corona imperial si lograba su jefatura directa o indirecta, y por esto no se limitó a confirmar y autorizar la alianza en el año 1347, sino que provocó después la formación de otras ligas de paz, y en el año 1370 estaban unidas con este objeto hasta treinta ciudades del Mediodía de Alemania.

Estas ligas se dirigían contra la absorción de las ciudades independientes por los magnates territoriales, y por lo mismo dieron lugar a otra asociación en el campo opuesto, o sea entre los príncipes que aspiraban a ser soberanos en sus territorios, dentro de los cuales no querían tener ciudades sujetas directamente al imperio. Así las ligas de los príncipes se dirigían contra las ciudades y contra la autoridad imperial, su protectora. Esto condujo a choques, siendo el más violento el de las ciudades con el belicoso conde Everardo de Wurtemberg, enemigo declarado de sus fueros, tanto que para someter a su autoridad las de su territorio que los tenían, acalló por algún tiempo su odio a los caballeros de horca y cuchillo de Suabia. En el año 1377, Ulrico, el hijo del conde, sufrió una gran derrota delante de la ciudad de Reutlingen, pero once años después el conde alcanzó una gran victoria cerca de Doffingen, que quebrantó para siempre la fuerza de las ciudades de Suabia, las cuales jamás se repusieron de este golpe. Esta victoria permitió a los príncipes dirigirse con mayor energía que antes contra los caballeros de horca y cuchillo que no reconocían como aquellas ciudades otra autoridad más que la imperial. Estos, para conservar su independencia y sus fueros soberanos, formaron también ligas, que además de su objeto principal se proponían reducir las guerras entre señorío y señorío.

El resultado de las ligas fue, pues, una exacerbación de los

antagonismos entre las diferentes clases de la nacion, á excepcion de la rural, que era sierva y no tenia ni representacion ni derechos. Las ligas no hicieron mas que aumentar la desmembracion del imperio. El sucesor de Carlos IV en el trono de Alemania, Wenceslao, trató, al principio de su reinado, de aproximar las clases y dar lugar así á ligas entre ellas. El resultado de sus esfuerzos fué la liga de Ehingen, fundada en 1382 y en la cual figuraron el duque Leopoldo de Austria, el conde Everardo de Wurtemberg y una multitud de ciudades del Mediodía de Alemania y de ligas de caballeros; pero luego se vió que el remedio era peor que el mal, porque esta clase de alianzas se salia casi enteramente del cuadro del imperio, y no solamente eran un peligro para la autoridad real, sino que amenazaban acabar definitivamente con la unidad nacional, porque solo defendian como único objeto los intereses de su region. Por lo demás todas estas ligas adolecian del mismo defecto de no contar con un elemento importante de la nacion, y hasta de trabajar



Moneda de plata de la órden teutónica (acuñada siendo gran maestre Vinrico de Kniprode). Tamaño original.

El anverso representa el escudo del gran maestre con la inscripcion: † MAGST. (Magister) WYNRICS. PRIMS.—El reverso representa en el centro el escudo de la órden, con la inscripcion circular: MONETA. DNORVM (dominorum) PRVCI (Prussia).—Se conserva en el Gabinete Numismático de Berlin.

para la supresion de los escasos derechos que en algunos puntos le habian quedado. Era este elemento el rural, la clase labradora. Para el labrador no habia sitio en ninguna de las ligas que se formaron. El labrador no estaba considerado como ciudadano, á pesar de haber probado los suizos cabalmente entonces y de un modo brillante su derecho y su aptitud y fuerza para organizarse independiente y políticamente, despues de vencer á los duques de Austria y á sus aliados nobles.

Los aldeanos suizos habian alcanzado la primera victoria sobre los Habsburgos en el año 1315 cerca de Morgarten, y habiéndoles confirmado el emperador Luis el Bávaro su libertad, habian borrado los últimos restos que del dominio habsburgo habian quedado en sus valles. Desde entonces la federacion suiza se habia extendido con el ingreso de comarcas y ciudades vecinas, como Lucerna en 1332 y Zurich en 1336. En 1352 el canton de Glaris sacudió el yugo habsburgo y fué admitido juntamente con Zug, aunque no con iguales derechos, en la confederacion. Berna entró en ella con ciertas reservas en 1353, siendo el octavo canton confederado. Así se fueron emancipando sucesivamente del dominio de los Habsburgos una comarca y una ciudad tras otra de la Helvecia, aunque algunos cantones, como Glaris y Zug, reservaron expresamente los derechos de los duques de Austria, que por lo demás los confederados habian ofrecido respetar en una paz que firmaron en 1355. Carlos IV consintió en la formacion de la confederacion, porque veía con gusto toda debilitacion de los duques de Austria, con los cuales no siempre

se llevaba bien, y en el año 1362 confirmó explícitamente la confederacion. La Helvecia, sin embargo, á pesar de este reconocimiento y de la paz hecha con los duques de Austria, recelaba siempre alguna nueva empresa hostil de éstos, porque en sus territorios no faltaban clérigos y laicos relacionados por un motivo ú otro con los citados duques, á los cuales habian prestado juramento de fidelidad y que, por lo mismo, no querian reconocer la autoridad federal. Un conflicto de esta clase entre el preboste de la catedral y el consejo cantonal de Zurich dió lugar al edicto del mes de octubre del año 1370, que mandaba á toda persona establecida en el territorio federal, sin distincion de clase ni de categoría, jurar fidelidad y obediencia al gobierno confederado si en alguna manera dependiera de los duques de Austria. Además se dispuso que ningun confederado pudiera ser citado ante ningun tribunal extranjero, dejando solo á los obispos su jurisdiccion en los asuntos matrimoniales y otros puntos eclesiásticos, y finalmente se prohibieron bajo penas severísimas toda justicia personal y todo quebrantamiento de la paz y del órden. Este paso fué decisivo, porque reservaba á la confederacion la soberanía en su territorio excluyendo de él todo poder extranjero. Esto exacerbó el rencor de los Habsburgos, que estaban muy léjos de haber renunciado á la esperanza de recobrar su dominio sobre las comarcas suizas; pero como la confederacion suiza firmó en Constanza en el mes de febrero de 1385 una alianza ofensiva y defensiva con las ciudades del Rhin y de Suabia, no hubo medio de atacarla. Esta situacion cambió cuando en la primavera de 1386 estuvo á punto de estallar la lucha entre las ciudades de Suabia y los príncipes sus adversarios, pues entonces las ciudades no podian de ningun modo, so pena de exponerse al mayor peligro, cumplir con la confederacion. Pactaron una tregua y trabajaron para que sus aliados hiciesen lo mismo, pero entonces Leopoldo de Austria creyó que habia llegado el momento de realizar su propósito y marchó con un ejército de 9,000 guerreros contra los suizos. Estos desde Lucerna salieron á su encuentro y tomaron posiciones cerca de Sempach en una altura que dominaba la carretera. Los caballeros, escarmentados por el descalabro de Morgarten, se mantuvieron á la defensiva, hasta que en 9 de julio se lanzaron sobre ellos los aldeanos y ciudadanos suizos, que incompletamente armados difícilmente podian penetrar en las filas enemigas, erizadas de largas lanzas. Por fin lograron abrir una brecha en la muralla viva formada por los caballeros, cubiertos de piés á cabeza de armaduras de hierro. La tradicion dice que un tal Arnolde de Winkelried se sacrificó heroicamente por sus conciudadanos para abrirles la brecha por la cual se precipitaron é iniciaron un combate cuerpo á cuerpo, en el cual los caballeros, cargados de sus pesadas armaduras y agobiados por el calor de julio, llevaron la peor parte y perecieron á centenares bajo los rudos golpes de los suizos, armados de mazas y hachas. El duque Leopoldo III murió así; y por mediacion de la liga de Suabia se llegó á un armisticio que se firmó á principios del año 1388. Sin embargo, habiendo estallado entonces la gran guerra entre las ciudades de Suabia y los condes de Wurtemberg y sus aliados, los duques de Austria renovaron sus ataques á los suizos en la primavera del mismo año, pero el 9 de abril sufrieron una nueva derrota cerca de Näfels á consecuencia de la cual tuvieron que hacer la paz y reconocer la independencia de la confederacion.

LIBRO TERCERO

LA ÉPOCA DE LOS CONCILIOS

(1388-1448)

CAPITULO PRIMERO

LA IGLESIA Y EL IMPERIO DURANTE EL CISMA

(1388-1410)

Desde la caida de los Staufen el imperio habia abandonado de hecho su pretension al dominio universal y á representar y dirigir desde el centro de Europa el desenvolvimiento del Occidente. Esta pretension, muy aumentada, habia pasado al pontificado, el cual se propuso cercenar la independencia de los monarcas y pueblos, y hacer de éstos siervos suyos. El papado quiso no solamente hacer universal la Iglesia romana sino constituir tambien una monarquía universal, ideal que el imperio germánico-romano no habia podido realizar. Por eso las monarquías formadas ó que pugnaban por formarse en el siglo XIV sostuvieron tantas luchas para conquistar y defender sus derechos. Así habia sucedido en Francia reinando Felipe el Hermoso, en Alemania, aunque sin éxito, en tiempo de Luis el Bávaro, y en Inglaterra en el reinado de Eduardo III y en tiempo de Wicliffe. La situacion del papado, indigna de su autoridad, era contraria á tales pretensiones, porque con su traslacion á Aviñon estaba bajo la dependencia de los reyes de Francia; su servidumbre le obligaba no solamente á servir los intereses de Francia, muchas veces en perjuicio propio, sino tambien á contrariar y hacer la guerra á los intereses nacionales y justos de otras naciones; de suerte que por este camino errado llegó á perder los fundamentos morales y materiales de su posicion natural; los primeros en los tiempos mas angustiosos se habian mostrado firmísimos y habian dado al papado gloria imperecedera dentro del mundo católico y una autoridad moral indestructible, y los segundos, consagrados por el tiempo, le habian servido admirablemente mientras tuvo su domicilio en Roma y por campo inmediato de accion la Italia. Arrancado el papado de su terreno natural, degeneró tambien moralmente, á falta de objetos elevados de su actividad, mientras en los campos dominados antes por la curia papal exclusivamente se introdujeron y extendieron ideas modernas, que pugnaban por emancipar á muchos pueblos y países de la tutela del papado y enseñarles á ser independientes; porque la verdad era que al entusiasmo religioso de las cruzadas habia sucedido un doloroso desencanto. El fracaso vergonzoso de la lucha del cristianismo occidental con el islamismo habia dañado muchísimo á la autoridad de la religion y habia abierto la puerta á la indiferencia religiosa y hasta á la hostilidad contra la Iglesia. Genios escépticos atrevidos tritaron los fundamentos dogmáticos de la Iglesia romana y sembraron una ilus-

tracion fria y demoleadora. La introduccion del estudio de la lengua griega y de los autores griegos en el Occidente presntó nuevas armas á los adversarios de la Iglesia y condujo al exámen científico de sus derechos, á los cuales hasta entonces nadie habia atacado, y que resultaron ser muy endebles. La oposicion dogmática y al propio tiempo moral de los minoritas con motivo de la cuestion de la pobreza del clero, encontró un poderoso auxiliar en la oposicion política de los monarquistas; y hasta se dejaron oír ya voces que condenaban el sistema monárquico absolutista que el papado habia impuesto á la Iglesia y pedian que se restituyera á la cristiandad el derecho de gobernarse á sí misma. A este fin se exigia la convocacion de un concilio general, único medio de conseguir la enmienda de la Iglesia, que era objeto del clamor cada día mas grande. Lo que el papado habia hecho antes para rechazar é imponer silencio á las tendencias reformistas no habia tenido por resultado mas que vigorizarlas, aumentando el número de sus apóstoles y dándoles mayor importancia y mérito. Cuando en esta situacion estaba el papado, el cisma le hizo perder con la unidad su último sostén y lo que le habia quedado de sus glorias pasadas. Desapareció la aureola ficticia que lo rodeaba todavía á los ojos de los creyentes, cuando la tiara llegó á ser objeto de contienda entre varios partidos y pretendientes solo por las ventajas materiales y mundanas que aportaba al individuo que la ceñía. Todos los que combatian al papado desde uno ú otro punto de vista ya dogmático, ya político, ya nacional, se unieron para atacarlo junta y sistemáticamente. Era indispensable para salvar á la Iglesia en tan duro trance hacer un esfuerzo supremo, y la Iglesia lo hizo y se salvó.

Se valió del recurso de los concilios. Este recurso produjo en toda la cristiandad del Occidente una fermentacion terrible, no solamente eclesiástica y política sino tambien social, porque el órden social de la Edad media estaba fundado en la Iglesia, la cual le habia dado sus rasgos fundamentales, basados sobre principios capitales suyos, y habia determinado hasta sus detalles. Las consecuencias sociales que habia producido este órden habian dispuesto á los pueblos, en particular á las clases bajas, á comprender las razones dogmáticas sobre las cuales los reformistas fundaron sus proyectos cuando al examinar las bases de la Iglesia se remontaron á su fuente, el Evangelio, fuente que desde tanto tiempo se habia enturbiado. Por esto mismo la reclamacion de los minoritas acerca de la pobreza apostólica encontró tan calurosa simpatía en el pueblo. Los clamores de reforma eclesiástica y social habian producido en Francia, en su período de mayor infortunio, *la jacquerie*. Tambien los cla-